

Solo nos esperaba la bandera

Only the flag was waiting for us

Porfirio Dávila Parra

Táchira –Venezuela

E-mail: podapa@hotmail.com

La bandera de Venezuela queda atrás, raída, desvencijada sin hondear pegada al asta, apenada... Así la vi mientras pasaba rumbo a Cúcuta, en medio de una masa que parecía ser un sólo ser vivo con las mismas heridas, cargando similares angustias e impulsado por las mismas necesidades. Esa masa tenía la fuerza de un río caudaloso buscando salida, represado por barreras: algunas imaginarias construidas por temores y otras reales, tangibles y hostiles construidas por los repugnantes seres que ordenaron destruir la integración binacional colombo-venezolana, el desarrollo de una región inmensamente productiva y de un significado económico y comercial que le dieron el nombre de la frontera más viva de América latina que hoy luce tan atractiva como un campo santo profanado y desolado.

Lo cierto es que al cruzar esa línea imaginaria que se hace real y visible sobre el puente Simón Bolívar las cosas cambiaron dramáticamente, era algo así como un remanso anunciado a través de alta voces que ordenaban: “separasen”, “suelten sus manos”. “¡bienvenidos a Colombia!”. La presión fue bajando su intensidad. Hubo más espacio entre los marchantes, más aire y una bienvenida por seres humanos vestidos de civil muchos, de naranja otros, de verde oliva bastantes y todos nos decían lo mismo: “¡Bienvenidos a Colombia!” otros nos informaban: “guarden sus cédulas de identidad no las necesitan... bienvenidos a Colombia”. Y para mí y estoy seguro que para muchos, la libertad se llamó por este día: “ ¡Bienvenidos a Colombia!”.

Se escuchaban aplausos de bienvenida, gritos de agradecimiento, expresiones de afecto y hasta abrazos... a lo lejos hombres de naranja corrían a socorrer una anciana desmayada mientras paramédicos arreaban una camilla y una ambulancia, de las cinco que pude ver, se acercaba a la salida del puente... Muchos niños y tres perros conté en la travesía...y al final el encuentro de familiares y amigos vilmente separados, así como dolorosas despedidas entre venezolanos que ahora dueños de un exilio voluntario y fundidos en un abrazo se prometían un retorno... Muchas cámaras, vídeos, drones, equipos de televisión y entrevistas; sin duda un evento de una importancia inmensurable pero vergonzoso y sinsentido para el pueblo venezolano y un acto de fraternidad hermoso expresado por el pueblo colombiano. Al final protagonizamos una acción desesperada de una nación inmensamente rica que se desplaza a un país vecino después de más de un año



de encierro en busca de alimentos y productos básicos con los bolsillos llenos de un papel moneda de muy precario valor...

Luego Cúcuta, la metrópoli, una ciudad pujante, comercialmente viva, abastecida y productiva. Hoy bendecida por un clima fresco impregnado de una gran calidez humana... Allí la abundancia: todas las cosas que aquí se necesitan y no se consiguen y el mismo problema: las prioridades, pues el dinero no es suficiente y el tiempo tampoco. La cadena invisible que nos ata dice que debemos regresar antes de las seis de la tarde. Después el paso será cerrado y no se sabe hasta cuando.

Entonces se hizo el retorno con lo poco que se puede adquirir. Con el cansancio en cada poro transpirando tempestades, con la certeza de llevar productos inmensamente necesarios... Para muchos ni un helado, ni pensar en un almuerzo, pero en las bolsas las medicinas, la harina o el papel higiénico todo eso que no se consigue en nuestra Venezuela. Otra vez el puente: menos marchantes y el mismo corredor. Ahora los hombres y mujeres vestidos de civil, naranja y verde oliva nos bendicen, nos dan la mano como si supieran el espanto y la angustia que tendremos que seguir enfrentando, nunca recibí tantas bendiciones juntas de tantos. Una vez más los gritos de los venezolanos: "¡Gracias Colombia!"... Sobre nuestros hombros la incertidumbre, así como el cuestionamiento de esta nuestra realidad y la esperanza, si ella... la esperanza.

De regreso, ya en Venezuela, miro otra vez la desvencijada bandera. Ahora está altiva en su asta, muestra sus cicatrices y sus jirones casi orgullosa así como sus estrellas y baila movida por el viento parece sonreír y nos da la bienvenida con una alegría que veo, que siento y hago mía, ella será la única en hacerlo. A ninguno de los funcionarios le importa nuestro tránsito, nuestra vergüenza y por supuesto no hay ambulancias o algún tipo de atención... De pronto pasa a mi lado una señora con un gato Siamés y le preguntó: ¿de dónde lo trae? y me contesta: " él es binacional, nació aquí y por eso hoy regresa". Supongo que así me hablo la esperanza el día de hoy



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Venezuela.